

A-C.72/3

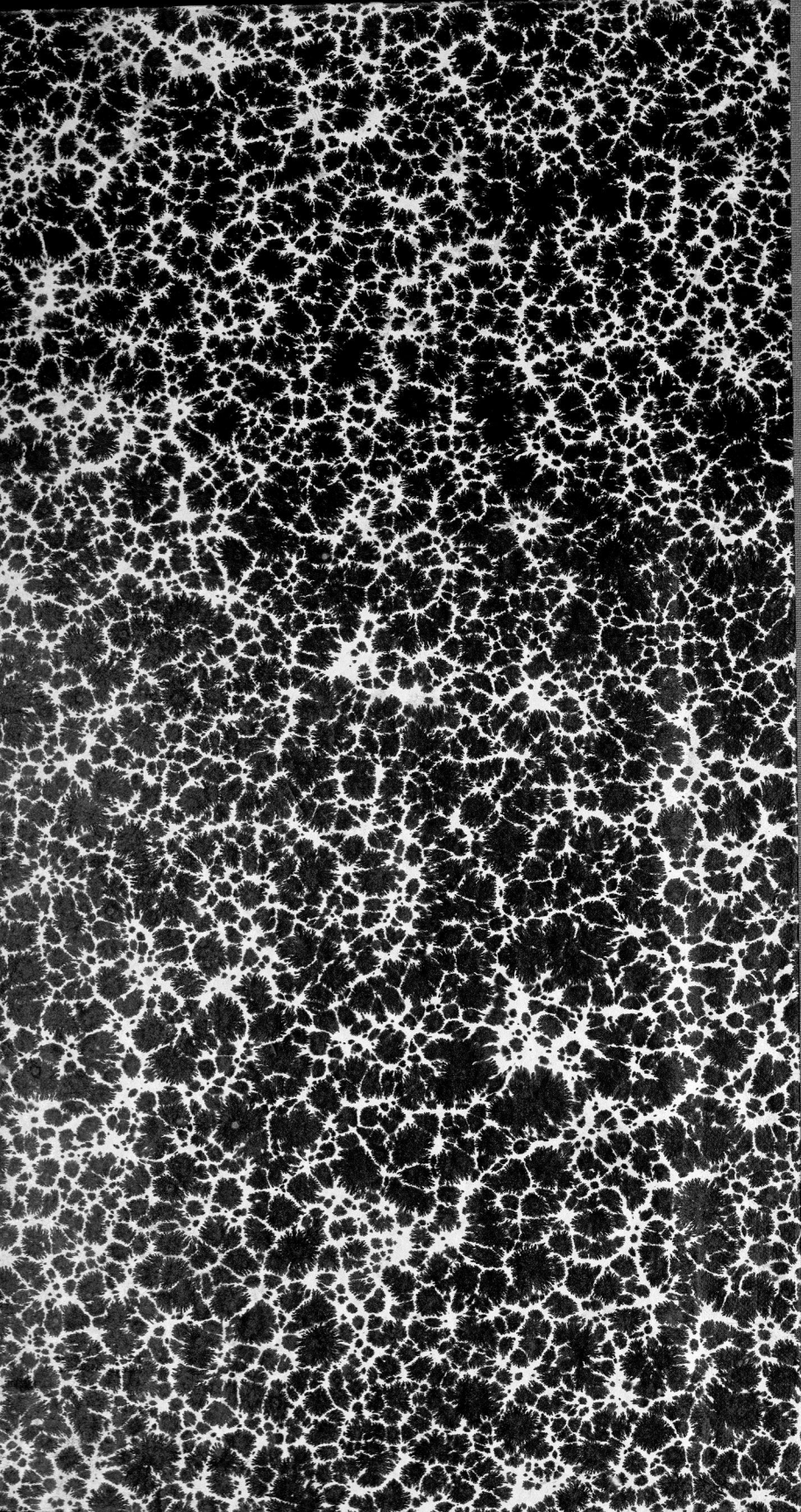


VIDA

ES

TUD

YATI



V. 287
E.

44

3/1/95
RE

CONCURSO ESCOLAR DE «EL DIA.»

MEMORIA

SOBRE

LA VIDA DEL ESTUDIANTE EN MADRID

DESDE EL PUNTO DE VISTA

DE LA MORALIDAD, LA CULTURA Y LA HIGIENE

POR

Secundino G. Regneral

MADRID — 1886

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JUAN CAYETANO GARCÍA
ATOCHA, 151, FRENTE A SAN CARLOS.

A-Caj 7213

R
40305

MEMORIA

SOBRE

LA VIDA DEL ESTUDIANTE EN MADRID DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA MORALIDAD

DE LA CULTURA Y DE LA HIGIENE

LEMA:

El grado de cultura de un pueblo da la medida de su grandeza.



CONCURSO ESCOLAR DE «EL DIA.»

MEMORIA

SOBRE

LA VIDA DEL ESTUDIANTE EN MADRID

DESDE EL PUNTO DE VISTA

DE LA MORALIDAD, LA CULTURA Y LA HIGIENE

POR

Secundino G. Regueral



MADRID — 1886

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JUAN CAYETANO GARCÍA
ATOCHA, 151, FRENTE A SAN CARLOS.

MEMORIA

DE LA COMISIÓN ESTADÍSTICA DE MADRID

DE LA ASESORIA DE CULTURA Y DE HIGIENE

Presentada al Excmo. Sr. Ministro de Fomento

PRELIMINARES.

Pocos serán seguramente los padres que, sin temores ni dudas, manden sus hijos á estudiar á Madrid. Pocos serán los que no se extremezcan y duden, al pensar que, siendo malos factores para obtener buen resultado, la inexperiencia propia de los pocos años por una parte, y por otra los peligros tanto del órden material como del moral, inherentes á los grandes centros de poblacion, pudiera el sér querido de quien van temporalmente á separarse, sucumbir á ellos y encontrar, en vez de los conocimientos científicos ó literarios que han de ser la base de su porvenir, el envilecimiento ó la muerte.

Por regla general, los temores son muchos, las dudas grandes, y solo despues de numerosas vacilaciones y de infinitos consejos de familia, en los cuales se discuten minuciosamente las ventajas é inconvenientes que puede reportar al joven estudiante residir en la coronada villa, se adopta una resolución, que, preciso es confesarlo, las más de las veces recae en favor de las Universidades de provincia.

Esta duda y esta resolucion, tomada despues de mucho meditar y discutir, prueban: la primera, que Madrid, como centro de enseñanza, tiene ventajas más ó ménos grandes sobre las Universidades de provincia, y la segunda, que los inconvenientes superan á las ventajas. ¿Cuáles son estas ventajas y cuáles estos inconvenientes? Vamos á verlo, analizando lo más detalladamente posible la vida del estudiante en Madrid desde el punto de vista de la moralidad, de la cultura y de la higiene, elementos capaces por sí solos de

hacer de un pueblo miserable, ignorante y débil, un pueblo grande, ilustrado y fuerte.

Pero ante todo conviene circunscribir el terreno de la cuestion, limitando el concepto de la palabra estudiante, porque la clase escolar es muy numerosa, y entre unos estudiantes y otros existen diferencias tan marcadas que, á no precisarlas de antemano, darian lugar á confusiones.

En dos grandes grupos podemos dividir á los estudiantes: el primero comprende los que solo tienen de estudiantes el nombre; el segundo los estudiantes de hecho ó verdaderos estudiantes.

Los primeros, ó estudiantes de nombre, son aquellos que con el pretexto de estudiar acuden á las poblaciones universitarias, buscando, no los conocimientos científicos que han de nutrir su espíritu y hacer de ellos ciudadanos útiles á sus semejantes, sino ancho campo donde poder dar rienda suelta á sus instintos y satisfacer las exigencias de las pasiones por las cuales se dejan dominar, convirtiéndose de fuertes en débiles y de señores en esclavos. Para estos seres, estafadores de la familia y de la sociedad, la palabra estudiante es un escudo con el cual desvían los acerados dardos de la opinión pública, es el ropaje que encubre su vagancia, pero ropaje triste que solo puede compararse con el blanco sudario que encubre las rígidas formas de un cadáver. Claro es que para ellos la vida en Madrid ofrece innumerables ventajas sobre la vida en provincias, porque gozan de más libertad, encubren mejor sus vicios y encuentran más fácilmente los medios de satisfacerlos. Y claro es también que no podemos darles el nombre de estudiantes ni debemos ocuparnos de ellos, porque su moralidad y su cultura se deducen de su modo de ser, y las condiciones higiénicas que les rodean, del desorden en que viven.

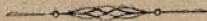
En el segundo grupo comprendemos á los estudiantes que, con más ó menos asiduidad, concurren á los centros de enseñanza, ó cursan sus estudios privadamente; en tésis general, en este grupo, el más numeroso afortunadamente, tienen cabida los estudiantes que trabajan, los que con más ó menos aplicación llegan á realizar sus deseos, hallándose al fin en condiciones de ser útiles á la familia y á la sociedad.

Claro es que entre los estudiantes comprendidos en este grupo existen diferencias muy notables de aplicación, moralidad, etc., pero sería subdividirlos en grupos tan imposible como marcar los límites de la sombra, la penumbra y la luz, además de ser completamente inútil para el objeto de esta Memoria. Aunque con más ó menos aplicación, como todos ellos estudian, todos merecen el dictado de estudiantes.

La misma gradación que entre el estudiante modelo y el estudiante de nombre, existe entre el estudiante rico y el pobre, así es que, mientras unos

viven espléndidamente, otros lo hacen en medio de grandes privaciones, siendo muchos los que se ven en la dura necesidad de proporcionarse por si mismos los medios de subvenir á sus necesidades para poder continuar sus estudios. Desde el punto de vista higiénico, esta distinción tiene gran importancia, pues las condiciones que rodean á unos y otros varían extraordinariamente, haciéndonos preciso adoptar para este estudio un término medio, con tanta más razon, cuanto que el grupo intermedio entre el rico y el pobre es el más numeroso y compacto.

Hechas estas advertencias, que juzgamos indispensables, vamos ahora á analizar la vida del estudiante en Madrid, desde los tres puntos de vista sabiamente elegidos para tema en este concurso por su ilustre iniciador el señor Marqués de Riscal, á quien, lo mismo que á los Señores Director y Redactores del ilustrado periódico político *El Dia*, enviamos desde estas humildes páginas la expresión de nuestra gratitud y nuestro aplauso, por el amor que han demostrado á la clase escolar, iniciando en el periódico de su cargo una suscripcion para atender á los gastos del proceso que, á consecuencia de sucesos por todos deplorados, se formó á algunos de nuestros compañeros, y por la inversion de los fondos que se recaudaron, que constituye un poderoso aliciente para el estudio y el trabajo. A esto ha contribuido la generosidad del claustro del primer centro de enseñanza de España, que ha sufragado los gastos del único proceso que pudo incoarse, mereciendo, y nos complacemos en hacerlo constar, la gratitud de los estudiantes y el universal aplauso, porque su espontáneo desprendimiento ha venido á demostrar una vez más lo íntimo de los lazos de union y cariño que existen y existirán siempre entre el profesor y el alumno.



MORALIDAD DEL ESTUDIANTE EN MADRID

Júzgase generalmente á Madrid, sobre todo por los que nunca han vivido en él, poco ménos que como abismo de perdición para la juventud; compárasele á proceloso mar, dispuesto siempre á sepultar en su seno de muerte al que, fiado en sus propias fuerzas, á él se lanza, sin saber distinguir á través de sus verdosas aguas los escollos de su fondo y amortiguar la ruda fuerza de su oleaje; y tiénese por temerario al jóven que acude á él á satisfacer la necesidad de saber que domina su espíritu, cuando por sus pocos años es aún débil para contrarestar los impulsos de la pasión que nace. Creencia injusta y apasionada, á nuestro modo de ver, en la cual, sin embargo, no deja de haber algo de verdad.

Así como en los pequeños lugares predomina la vida de nutrición sobre la del espíritu, hasta el punto de ser el desarrollo físico del individuo más rápido y completo, en las grandes poblaciones la vida intelectual no sólo se sobrepone á la material, sinó que, considerada individualmente, su desarrollo es en ocasiones tan precoz y exagerado, que la vida de nutrición padece y se altera. Prueba de esto nos ofrecen esos niños que discurren y obran como adultos, deleitándonos con su conversación sobre asuntos que, dada su poca edad, no considerábamos bajo el dominio de su razón, pero cuyo desarrollo físico permanece casi estacionario, porque su débil organismo lleva en su seno las alteraciones producidas por enfermedades tan terribles como la es-

crófula, el raquitismo, etc., desconocidas casi por completo en los pequeños lugares ó aldeas.

Prescindiendo de las consideraciones higiénicas á que esto se presta, por ser impropias de este lugar, y fijándonos solo en el hecho de ser la vida intelectual más enérgica, más activa que en las pequeñas poblaciones, no tememos afirmar que, si como consecuencia natural de esta mayor actividad y energía, las ciencias y las artes se encuentran más adelantadas y florecientes, en cambio, el vicio, la corrupción y la inmoralidad son mayores.

Y no tememos afirmarlo, porque aunque parezca extraño, el bien y el mal van siempre unidos, y considerados, no individual, sino colectivamente, los dos progresan y se desarrollan á la par.

Basta, para comprender esta triste verdad, recordar que no todos los hombres sienten y piensan de la misma manera, y que por lo mismo, al lado del hombre virtuoso y digno que cifra su ambicion y su gloria en fomentar las ciencias, las artes, etc., y contribuir en la medida de sus fuerzas al engrandecimiento y perfeccion de la sociedad en que vive, existe el extraviado egoista, que olvidándose de sus semejantes, á los cuales debiera ser útil, atiende solo á satisfacer las exigencias de las pasiones que le envilecen y esclavizan, y fomenta los medios de lograrlo, elevando el vicio á ese estado de refinamiento que entristece y apena al hombre honrado.

Es indudable que en Madrid, la poblacion más numerosa de España y la más rica, porque á ella afluyen de todas las provincias valiosos elementos de vida y de riqueza; en Madrid, fastuoso, grande y rico, el vicio es mayor que en parte alguna, porque no hay grito de pasion que no pueda acallarse, ni apetito desordenado que no pueda satisfacerse.

El abismo es, por decirlo así, más abismo, y la caída en él más rápida y más fácil para el que, impulsado por las pasiones que le agitan y no sabe ó no quiere contener en sus justos límites, se aproxima á sus bordes y pone el pié en su resbaladiza pendiente.

Pero, en cambio, las llagas sociales se muestran más profundas y repugnantes para el que, rasgando el velo que las encubre y dora, las busca y analiza; más desnuda y despreciable la realidad del placer de la materia, y más intensos y seductores los goces que proporcionan al alma la virtud, el trabajo y el estudio.

Así, pues, si el vicio y la corrupción son mayores en Madrid, los medios de evitar sus asechanzas y peligros son también mayores. Y hé aquí la razón por la cual juzgamos injusta la creencia, casi general, de que en Madrid la juventud está más expuesta á pervertirse; creencia que solo puede tenerse cuando no se mira más que las tinieblas y no se atiende á la luz, que apa-

rece tanto más hermosa é intensa cuanto más tristes y negras son las sombras que ahuyenta y mata.

El estudiante en Madrid todo lo recorre, todo la anda. Ora se le encuentra en la Academia, donde las verdades científicas se discuten y avaloran; ora en el lupanar, donde la sacerdotisa de Venus brinda el placer y la voluptuosidad; ora se le ve en el teatro, entusiasmado por la belleza del arte, que le instruye á la vez que le deleita; ora en el estrecho recinto de ennegrecido garito, sentado en torno de desvencijada mesa, gritar y aplaudir, excitado por los vapores del alcohol, los lúbricos movimientos y las discordantes notas de la *cantaora*, que, con más ó ménos fortuna, remeda el canto bellísimo y sentimental de los habitantes del Mediodía.

Para el estudiante nada hay desconocido, nada hay encubierto; todo lo recorre, todo lo escudriña. Pretender recabar para él la moralidad de un sér perfecto fuera torpeza insigne y ridiculez extrema, porque es hombre como todos los demás, y á la par que en su cerebro se agitan las ideas, se desencadenan y rugen las pasiones en su pecho.

Entre sus vicios, figura en primera línea la lujuria, que es el vicio de la juventud, pero su lascivia no es la desenfrenada y escandalosa del libertino que de ella hace alarde y busca, persigue y ultraja la virtud y la honradez. El estudiante busca por lo general á la mujer que se vende, ó la que ansiosa del placer carnal se entrega fácilmente, y de este modo, si transige hasta cierto punto con el daño consumado, no suele transigir ni transige con el crimen, que crimen es lanzar al vicio á una mujer honrada y pura, pero débil por naturaleza para resistir en muchas ocasiones las asechanzas de la seducción y del libertinaje.

Por desgracia, no todos tienen la fuerza de voluntad suficiente para no dejarse dominar de esta pasión, y hay algunos que, buscando el momentáneo placer que su satisfacción proporciona, se entregan á un abuso que no tiene la más leve disculpa y que agosta y consume sus fuerzas y su vida.

No negamos, pues, que el estudiante de Madrid se entregue más ó ménos frecuentemente á la lujuria; pero, ¿son más castos los estudiantes de provincias? Creemos que nó, y aún nos atrevemos á afirmar que su castidad es menor que la de los estudiantes madrileños, porque el vicio de la lujuria se halla desgraciadamente muy extendido, y porque en Madrid existen Academias, Ateneos, reuniones y mil medios de distracción, á los cuales el estudiante concurre cuando no se encuentra apto para estudiar, sin necesidad de acudir á las casas de prostitución á distraerse en íntima tertulia con sus moradoras, como es costumbre muy general entre los estudiantes de provincias.

Por último, desde este punto de vista, el estudiante de Madrid se halla en



mejores condiciones de salubridad, por la vigilancia más exquisita que las autoridades ejercen en las casas públicas, haciendo que las mujeres atacadas de enfermedad venérea ó sifilítica sean conducidas inmediatamente al Hospital, lo cual no se verifica con tanto rigor en las poblaciones de segundo y tercer orden, donde la vigilancia no es tan extremada, ni las reglas higiénicas se cumplen con tanto esmero.

Los juegos de azar, como la ruleta, el monte, etc., son casi desconocidos entre los estudiantes. El temor de ser sorprendidos por la autoridad, los escasos recursos con que cuentan, y el conocimiento, por experiencia alcanzada, de los desastrosos efectos que esta pasión bastarda y ruin puede ocasionar moral y materialmente, le retraen de este vicio denigrante y feo. Son, pues, pocos, poquísimos los que, burlando la vigilancia de las autoridades empeñadas en combatir este terrible vicio, concurren á esos garitos, en los cuales el hombre, además de arruinarse casi siempre, se envejece prematuramente, cuando no contrae enfermedades incurables (aneurismas, etc.), efecto del estado en que se encuentra su sistema nervioso mientras juega.

Por el contrario, los círculos y billares son muy frecuentados por el estudiante, que busca un momento de solaz y esparcimiento en las peripecias de juegos lícitos, como el tresillo, el dominó, el billar, etc., pero esto nada tiene de censurable, á no ser cuando constituye un hábito, ó los intereses son crecidos (que no suelen serlo), y sólo es de lamentar que constituyendo algunos, sobre todo el del billar, un excelente ejercicio higiénico, el local no reúna las debidas condiciones, como veremos en el artículo correspondiente á la higiene.

La embriaguez, verdadera enfermedad social que tantos males produce, no solo al individuo, sinó también á la familia, es muy rara entre los estudiantes, y como vicio constante no existe. Puede algún día señalado embriagarse más ó menos, pero no es en él costumbre. El beodo pierde el amor al trabajo y se hace haragan, razon por la cual el estudiante que por la bebida se dejase dominar, lo sería todo, ménos estudiante.

Con profundo sentimiento vamos á tratar ahora una cuestion que constituye una verdadera calamidad universitaria; nos referimos á la plaga de recomendaciones que cae sobre el Profesorado en épocas de exámenes. Y sentimos ocuparnos de ella, porque si hasta ahora hemos abogado por la clase estudiantil, en esta cuestion hemos de censurarla duramente.

Las recomendaciones no tienen disculpa de ningún género, y carecen, por lo tanto, de razon de ser. Es verdad que en las clases que son muy numerosas, el Profesor no puede en modo alguno interrogar á sus alumnos con la extension y frecuencia necesaria para poder formarse una idea acabada de las condiciones intelectuales y de la aplicacion de cada uno de ellos, y

que en el resultado del exámen influye mucho la suerte del examinando, pero aún admitiendo que el Profesor no conozca más que de vista al alumno á quien va á examinar, y que éste tenga la desgracia de sacar del bombo fatal tres de las lecciones difíciles que existen en casi todas las asignaturas, tres de esas lecciones muy bien denominadas por los estudiantes de *huesos ó lecciones indigestas*, que se estudian mucho y se saben poco, aún suponiendo todo esto, las recomendaciones no tienen disculpa, porque en estos casos el Profesor juzga con criterio más amplio, ayuda y abre camino al alumno cuando éste vacila, y conoce en suma, á los pocos instantes de dar principio el exámen, si el alumno ha estudiado ó nó. ¿No sería injusto el Profesor que juzgase con la misma severidad y exigiese tanta brillantez en el exámen al que tiene que resolver en pocos momentos y con ánimo no muy sereno, una ecuacion de segundo ó tercer grado, y al que solamente tuviese que hacer una simple multiplicacion ó division? Indudablemente que sí. Pues no siéndolo, y siendo este el único caso en que pudieran tener asomo de disculpa las recomendaciones, ¿á qué conducen éstas? En primer lugar, á cohibir en su libertad al Profesor, y en segundo, á demostrarle la ignorancia del recomendado. Y nada decimos del que recomienda, porque casi siempre lo hace obedeciendo á compromisos que no puede eludir, y casi á la fuerza, porque no se le oculta que abusa de la amistad ó de su influencia y prestigio al tratar de imponerse con su recomendacion al amigo ó al subordinado. El mayor culpable es el que las pide, porque demuestra tener un egoismo desmedido y un pobre espíritu de justicia y rectitud.

Hemos dicho que las recomendaciones coartaban la libertad del Profesor, pero no es esto solo, porque además le colocan en una situacion muy difícil y violenta, porque de un lado están afecciones, intereses, etc., y de otro la dignidad y la justicia que se sublevan, al sentirse tan duramente ultrajadas.

Las recomendaciones demuestran la ignorancia del recomendado y su poca escrupulosidad en materia de justicia; lo primero, porque si tuviera los conocimientos científicos que el tribunal que ha de juzgarle tiene derecho á exigirle, no las consideraria necesarias para obtener un fallo favorable, y lo segundo, porque al solicitar por medio de las recomendaciones lo que no merece, solicita la comision de un delito, porque como tal puede considerarse la injusticia que desea que se cometa.

De desear es que esta deplorable calamidad desaparezca, porque así lo exigen la dignidad y la independencia del Profesorado, que no puede ni debe doblegarse á las influencias ni á las imposiciones, y así lo reclama el buen nombre de la clase escolar, que padece mucho en la opinión pública.

Aunque el mal está muy arraigado, desaparecería muy pronto si en los

estudiantes *recomendados* hubiera un poco más de aplicación y de delicadeza.

Vamos, para terminar este capítulo, á combatir, siquiera sea muy ligeramente, una creencia bastante generalizada, referente á los estudiantes de Medicina, que no podemos admitir como justa y cierta. No negaremos que entre los estudiantes, tanto de Madrid, como de provincias, hay algunos poco religiosos; pero de esto á admitir, como muchos admiten, que todo estudiante de Medicina es materialista, porque en sus trabajos de disección *jamás ha podido encontrar el alma*, y sólo vé materia admirablemente organizada para llenar las funciones que caracterizan al sér vivo, hay una gran diferencia. Precisamente el estudiante de Medicina es el que más necesita admitir la existencia de un órden espiritual, si ha de poder darse cuenta de algunas funciones orgánicas, sobre todo de las del cerebro; pues admitir, como admite Moleschott, que el pensamiento es un movimiento de la materia y la conciencia una de sus propiedades, que la voluntad es un efecto de las influencias exteriores sobre el cerebro, etc., etc., es, en nuestro concepto, solamente verdadera aberración. El estudiante de Medicina necesita, pues, admitir la existencia del alma, y si ésta es inmateral, ¿cómo ha de pretender buscarla en la materia? ¡Pobre concepto merecería de toda persona sensata el que lo pretendiere, y más pobre aún el que en el hecho de no hallarla, encontrase motivo y razón suficientes para negar su existencia!

CULTURA.

Si grandes son las ventajas que la residencia en Madrid proporciona al que anhela la comodidad y los placeres, sintetizando, por decirlo así, todas sus aspiraciones en la frase *vivir para gozar*, grandes son también las que proporciona al estudiante que desea aprovechar el tiempo y aprender.

Dada la idea que de Madrid se tiene en provincias, y la creencia injusta, como hemos tratado de demostrar, de que en él está la juventud más expuesta á extraviarse y á abandonar el camino del bien, si Madrid, como centro de enseñanza, no ofreciera ventajas indiscutibles, no habría duda alguna en el seno de las familias, y desde luego el joven estudiante sería enviado á las Universidades de provincias. Pero la duda existe, y por el mero hecho de existir prueba, como hemos dicho ya, dos cosas: primera, que Madrid ofrece grandes ventajas como centro de enseñanza, y segunda, que estas ventajas están por lo ménos equilibradas por los inconvenientes. Estos se refieren á la moralidad; las ventajas á la cultura. Y nada decimos de la higiene, porque, desgraciadamente, nadie en estos casos se acuerda de ella aunque debiera preocupar á las familias tanto como la moralidad y la cultura de la población donde el estudiante ha de residir la mayor parte del año.

Son, pues, la moralidad y la cultura los términos de la duda. Respecto á la primera, ya hemos dicho lo que teníamos que decir en el capítulo correspondiente, y nada hemos de añadir á lo dicho. Respecto á la segunda, poco trabajo nos costará demostrar las ventajas que el estudiante madrileño

tiene sobre el de provincias, porque su conocimiento está en la conciencia de todos.

Hemos sentido ya que en los grandes centros de población la vida intelectual es más activa, y añadiremos ahora que en Madrid, mayor que en parte alguna de España; porque además de residir en él los más distinguidos obreros de la ciencia, los medios de estudio son más numerosos y la necesidad de la vida de relación se siente más.

El hombre de ciencia no puede vivir aislado, porque entonces su ciencia resultaría poco útil para él é inútil para los demás, que ningún beneficio recabarían de ella. Necesita vivir donde su voz pueda ser oída y entendido su pensamiento, donde pueda encontrar los elementos de investigación y estudio que le son indispensables, y necesita un lugar, un centro donde las verdades científicas que conquista puedan ser discutidas y divulgadas.

Efecto de esto existen en Madrid gran número de Academias y Ateneos, que, con los teatros, círculos, museos, bibliotecas, periódicos profesionales y políticos, revistas científicas, etc., nos pueden dar idea, no sólo de la gran actividad de la vida intelectual, sino también del grado de cultura de sus habitantes, por la influencia que estos centros y publicaciones ejercen en la opinión pública.

De todo esto saca gran partido el estudiante, porque además de ser el estímulo al estudio mayor, puede adquirir, efecto de ser las manifestaciones del saber humano más numerosas y variadas, los conocimientos generales, que además de los conocimientos profundos de la ciencia á que ha dedicado su actividad y su trabajo, debe poseer todo hombre de carrera, no sólo por el enlace que entre las diversas agrupaciones del saber existe, sino porque hay profesiones donde la necesidad de poseerlos es indiscutible. Ejemplo bien claro nos ofrece la carrera de Medicina: en la convalecencia larga y penosa de algunas enfermedades, ó en el curso lento de las dolencias crónicas, donde el médico tiene que levantar el abatido espíritu del enfermo, y sostener sus fuerzas y animarlo, ¡cuántas veces con un momento de conversación sobre literatura, si el enfermo es literato; sobre pintura, si es pintor, etcétera, consigue el médico resultados que acaso no hubiera podido obtener con las mejores drogas de la Farmacopea!

Por desgracia, algunos de estos centros científicos son casi inaccesibles á la juventud estudiosa. En las grandes solemnidades, en las noches en que alguno de nuestros más eminentes hombres de ciencia deja oír su autorizada voz, ¡cuán pocos son los estudiantes que á fuerza de empeños y recomendaciones consiguen una papeleta de entrada!

De desear sería que el estudiante pudiese acudir á donde quiera que la ciencia fuese objeto de estudio, que la puerta de todos los centros científicos

se le franqueasen; pero el carácter privado de algunos de ellos hace que el mal sea de dificilísimo remedio.

En los centros donde la entrada le es permitida, la clase escolar forma un grupo muy numeroso de la concurrencia habitual, y en ellos no solo encuentra elemento de distracción, cuando no se encuentra apto para entregarse al estudio, sinó que adquiere muy importantes conocimientos científicos. Pero el estudiante no se limita á asistir á las Academias, sinó que funda Ateneos (ejemplo de ello nos ofrece el Ateneo Antropológico escolar), que si bien de escaso valor científico por la poca autoridad de sus sôcios, son elementos grandísimos de aplicación, porque estimulan al estudio, y en ellos el estudiante se acostumbra á hablar á un auditorio y á discutir.

La existencia de estos múltiples centros científicos, unida á lo doctísimo del profesorado de la Universidad, constituido, en general, por los más eminentes hombres de ciencia, gloria muchos de ellos de la Nacion, bastan para colocar á Madrid á la cabeza de todas las poblaciones universitarias de España. Y conste que ni remotamente dudamos de las relevantes dotes del profesorado de provincias, ni un sólo momento podemos olvidar que hay en él profundísimos sábios, que gozan grande y merecido prestigio en el mundo científico; pero preciso es confesar que no son en tanto número como en el profesorado de Madrid, y esto solo basta para que mantengamos en pié nuestra anterior afirmación.

¿Son estas las únicas ventajas que al estudiante proporciona hacer sus estudios en Madrid? Prescindiendo del gran número de Bibliotecas que aquí existen y de su riqueza en libros de consulta, que tambien reportan grandes beneficios al estudiante, hay una carrera en la cual las ventajas son tan grandes, que basta enumerarlas para comprenderlas: nos referimos á la carrera de Medicina. En efecto, el alumno de Medicina tiene que confirmar en la práctica los conocimientos teóricos que le proporcionan los libros. El complicado organismo solo se puede conocer estudiándolo en el cadáver; la manera de diferenciar y tratar las enfermedades que aquejan á la humanidad solo se aprende á la cabecera del enfermo. En algunas ciudades universitarias, efecto de la poca densidad de su poblacion, estos medios prácticos de enseñanza son muy deficientes, y el alumno en muchas ocasiones tiene que contentarse con conocer teóricamente muchas partes del cuerpo humano y no pocas enfermedades, porque los cadáveres escasean y los casos de enfermedades poco frecuentes se presentan muy rarísima vez, sobre todo si la poblacion no es muy numerosa.

En Madrid el estudiante tiene el suficiente número de cadáveres para hacer sus estudios anatómicos, y continuamente afluyen de todas partes individuos afectos de dolencias que se presentan con poca frecuencia, pero que

no por esto deben dejar de ser conocidas por el estudiante. En Cirugía este aflujo de enfermos es aún mayor, y nada tiene de extraño que así sea, pues muchísimas operaciones quirúrgicas no pueden practicarse en todas partes, no sólo por la gravedad que entrañan, exigiendo gran destreza en el operado, sino también por el costosísimo instrumental que requieren.

Esta abundancia de casos clínicos y la universal nombradía y extremada pericia de los profesores encargados de su asistencia, hacen que, bajo el punto de vista quirúrgico, la enseñanza en la Facultad de Medicina de Madrid no tenga nada que envidiar á la más renombrada Universidad extranjera.

Los hospitales son además en mayor número, y la amabilidad y abnegación de sus profesores hacen que el estudiante, al visitarlos, encuentre á la vez que el gran libro de la naturaleza, el enfermo, el sabio maestro que le enseñe á leer en sus elocuentísimas páginas. Y como muchos de estos hospitales están destinados á determinados grupos de afecciones, resulta que el estudiante que concurre á ellos adquiere, de las más importantes especialidades, conocimientos detallados que no pueden ménos de ocasionarle en su práctica grandes triunfos y satisfacciones.

Si á todo lo expuesto añadimos que la educación social del estudiante se perfecciona y se completa por lo que ve, por lo que oye, y por el trato con el gran número de personas con las que tiene indispensablemente que ponerse en relación, adquiriendo la instrucción y finura que caracterizan al madrileño, tendremos lo suficiente para comprender lo mucho que en ilustración y cultura gana el estudiante que hace sus estudios en la Universidad de Madrid, y la superioridad que bajo este punto de vista tiene sobre el estudiante de provincias.

Solo es de lamentar que, teniendo tantos medios de estudio, su aplicación no sea en la primera mitad del año académico tanta como en la segunda, en que vé acercarse á grandes pasos el fantasma aterrador de los exámenes. Pero esto es un mal tan arraigado, que juzgamos muy difícil su remedio. Habiendo un *mañana* en perspectiva, ¿á qué apurarse hoy? ¡*Mañana* se hará lo que haya que hacer! ¡Como si todos los días no fueran iguales para el estudio, y el tiempo no valiese tanto un día como otro!

HIGIENE.

Conocida es de todo el mundo la importancia grandísima que para el individuo y la sociedad en general tiene el cumplimiento de las reglas que la Higiene dicta. Basta considerar, para comprenderla, que estas reglas están encaminadas á la conservación de la salud, y esta, como han dicho los sábios antiguos, es el mayor de los bienes.

Si los preceptos higiénicos se cumpliesen rigurosamente, no solo veríamos disminuir en frecuencia é intensidad gran número de dolencias que expresan la miseria fisiológica del individuo que las padece, sino que, como dice el Dr. Santero en sus *Elementos de higiene privada y pública*, «el país lograría tener una juventud en la que disminuiría la estadística mortuoria, haciendo que se prolongase el término medio de la vida, cuya resultante es hoy desconsoladora, y una juventud robusta y apta para el cumplimiento de los deberes que la patria exige.» Pero, desgraciadamente, no se cumplen como debieran cumplirse, bien por incuria del individuo, bien por incuria de la administración pública, bajo cuyo dominio cae de lleno todo lo referente á la Higiene social, y nada tiene de extraño que diariamente veamos discurrir por las calles individuos cuyo aspecto hace sospechar que en vez de individuos sanos, sean, como ha dicho el sabio Dr. Letamendi, enfermos escapados de un hospital.

Nosotros, al estudiar las condiciones higiénicas que rodean al estudiante en Madrid, siguiendo la division que la mayor parte de los autores hacen de

la Higiene en privada y pública, dividiremos este capítulo en dos grandes secciones, estudiando en la primera todo lo referente al estudiante en colectividad, y en la segunda lo referente al estudiante como individuo aislado.

I

CUESTIONES DE HIGIENE PÚBLICA QUE INTERESAN AL ESTUDIANTE.

Nada diremos de las condiciones higiénicas de Madrid, porque para ello nos sería preciso estudiar la naturaleza de su suelo y subsuelo, su situación, dimensiones, arbolado, vientos reinantes, etc., estudio que nos llevaría demasiado lejos y sería acaso superior á nuestras pobres fuerzas.

Fundadas casi todas las ciudades en épocas en que la Higiene era desconocida en absoluto, al elegir la localidad donde habían de emplazarse solo se atendía á su posición como punto estratégico ó mercantil, y ni se estudiaban las condiciones del terreno, ni el clima era tenido en cuenta, ni se reparaba en que hubiese ó no la suficiente cantidad de aguas potables, ni al construir las se daba á las calles la amplitud y dirección convenientes para la libre circulación del aire, etc., resultando de esto gravísimos inconvenientes para la salud de los individuos que constituían sus habitantes.

Hoy se procura remediar en lo posible estos inconvenientes, haciendo que las aguas tengan fácil salida y no se estacionen, merced á la canalización subterránea; procúrase que el aire circule con facilidad por todos los puntos, dando á las calles la anchura suficiente; por medio del riego y el barrido se evita la acumulación en ellas de inmundicias y miasmas; por medio del plantío de árboles se modifican las condiciones climatológicas de la localidad; procúrase, en fin, mejorar las condiciones higiénicas de las poblaciones, ya que la ciudad higiénica que sueña Julio Verne en una de sus novelas (1), es, por desgracia, irrealizable.

Bajo este punto de vista, Madrid ha mejorado mucho; la traída de las aguas del Lozoya, dotando á la población de uno de los más preciosos ele-

(1) *Los veinte millones de la Princesa.*

mentos de vida, el alcantarillado, la plantación de árboles en plazas y calles que por su anchura lo permiten, y otras muchas reformas dictadas por la higiene, han influido muy favorablemente en sus condiciones de salubridad. Pero no por esto deja de haber algunos puntos oscuros, no porque falte el deseo de borrarlos, sino porque el hacerlo es empresa que hay que confiar al tiempo y á las circunstancias. Nos referimos principalmente á la cuestión de alimentos y bebidas y á los edificios públicos, por ser las cuestiones que más interesan al estudiante.

La vida en Madrid, bajo el punto de vista económico, es cara, porque Madrid nada produce y todo cuanto en él se consume viene de provincias. Hoy, es verdad que, gracias á los caminos de hierro, las comunicaciones son más fáciles, y por efecto de su mayor rapidez los trasportes son más económicos; pero esto no basta á impedir que la inmensa mayoría de los artículos de consumo, y aún muchas veces los de primera necesidad, tengan en los mercados elevado precio. Esto es un grave inconveniente, sobre todo para las clases menesterosas, y la Administración pública debe procurar á toda costa que desaparezca.

El problema de abastecimiento de una población no se resuelve con hacer que en ella no escaseen los alimentos; es preciso que éstos sean accesibles á todas las clases sociales, porque, como dice nuestro sabio maestro el Dr. Santero en un brillante párrafo de su obra ya citada, «el hombre constituido en sociedad tiene derecho al trabajo, tiene derecho á vivir, tiene derecho á que se le faciliten medios adecuados á su sostenimiento y en relación con las fuerzas que consume, así como la sociedad tiene derecho á imponerle deberes; pero la relación entre el deber y el derecho del individuo con la sociedad y de la sociedad con el individuo, son correlativos, y ante todo y sobre todo está el derecho á la vida.»

Las consecuencias de esta carestía son, para el obrero del trabajo, el hambre en muchas ocasiones, y de ordinario la alimentación deficiente y mala; para el obrero de la ciencia, para el estudiante, la alimentación escasa, sinó en cantidad, en principios nutritivos, porque el estudiante que más abunda, el que hemos tomado por tipo para este estudio, es el estudiante pobre, que sólo paga nueve ó diez reales de hospedaje, pero que no trabaja para procurarse recursos con que atender á sus necesidades.

En la resolución de este gravísimo problema económico, respecto á la clase obrera, se ha dado últimamente un gran paso con la creación de cocinas económicas, que les facilitan alimentos calientes por una corta cantidad.

Si existieran en Madrid, como existen en París, *restaurants* económicos donde se procura ganar muchos pocos, en lo cual salen favorecidos el dueño y el abonado, y no pocos muchos, como sucede en los comedores económicos,



establecidos en Madrid y que resultan por lo tanto inútiles, la situación del estudiante, bajo el punto de vista de la alimentación, mejoraría mucho, pues no tendría necesidad de comer en las casas de huéspedes, donde en general se procura, más que nada, engañarle y explotarle.

Pero aún hay más: como si la carestía de los artículos de consumo con todas sus consecuencias no fuera bastante, el mercantilismo que todo lo invade, el comercio de mala fé, que no se contenta con ganar lo justo, sino que desea grandes rendimientos en los negocios que lleva á cabo, falsifica y adultera los alimentos y bebidas con grave perjuicio de la salud pública.

Este infame comercio desaparecería muy pronto si las autoridades procediesen con más energía y severidad contra los que lo sostienen. El que falsifica ó adultera los alimentos, disminuyendo por medio de mezclas y combinaciones con sustancias extrañas su valor nutritivo, es más ladrón que el que roba alhajas ó caudales, porque además de perjudicar los intereses materiales del comprador, puede perjudicar á su salud. ¿Por qué no se le considera como tal ladrón, entregándole á los tribunales de justicia cuando se le sorprende, y solamente se le considera como contraventor de las Ordenanzas municipales, castigándole con una multa que nada le importa satisfacer, puesto que su infame tráfico le proporciona medios sobrados para hacerlo?

Los edificios públicos, unos son dependientes del Estado, y otros no.

Entre los primeros, los que más frecuenta el estudiante, y por consiguiente aquellos cuyas condiciones higiénicas más nos interesan, son los destinados á la enseñanza.

Aconsejan los higienistas que, tanto los edificios públicos, que son aquellos donde se reunen temporalmente gran número de personas, como las habitaciones públicas, que son los edificios que sirven de vivienda á muchos individuos (cuarteles, asilos, etc.,) se edifiquen, por ser verdaderos focos de insalubridad, en los suburbios de las poblaciones, y en el caso de hallarse emplazados dentro de estas, se aislen en todas direcciones por una plaza ó jardín, pues de esta manera se evita que constituyan un peligro para la salud pública, y se favorece altamente su ventilación, por la mayor cantidad de aire de que pueden disponer.

Los edificios donde se dá la enseñanza en Madrid, no llenan ni con mucho estas condiciones. Hállanse casi todos emplazados en el casco de la población, sin aislamiento de ninguna especie, ahogados, digámoslo así, por las edificaciones urbanas, y como no puede por ménos, la ventilación es deficiente, y en muchos puntos, estos edificios resultan tristes y sombríos. Esto es lo que sucede con la Universidad, sobre todo en la parte correspondiente á la Facultad de Ciencias é Instituto; la ventilación é iluminación no pue-

den ser peores. Tiene además la Universidad el gran inconveniente de ser demasiado pequeña para el gran número de personas que concurren á ella, resultando de esto verdadera aglomeración entre los estudiantes, que no tienen el suficiente espacio donde moverse, ni el cubo atmosférico necesario para que el aire no se haga pronto impuro, y pueda ser respirado sin perjuicio para el individuo.

El Colegio de San Carlos es mucho más espacioso, y la ventilación é iluminación, además de ser más fáciles, son más completas; pero la parte destinada á enfermería deja mucho que desear, pues no reúne las condiciones de ventilación, calefacción, cubicación atmosférica, etc., que hoy se exigen en las salas de enfermos. La sala de disección, que debiera formar un pabellón aparte, aislado completamente del resto del edificio, ha mejorado mucho bajo el punto de vista de la higiene y del ornato, con la colocación de mesas de mármol, rodeadas en su base por un entarimado impermeable, que evita que el disector tenga los piés en contacto con la piedra y con los líquidos que siempre se derraman, y el establecimiento de bocas de riego y gran número de lavabos, merced á los cuales la limpieza se hace de una manera más rápida y completa, evitándose la acumulación y descomposición de los miasmas y partículas orgánicas desprendidas del cadáver.

De la Escuela de Farmacia solo diremos que, como edificio, es un escarnio á la higiene y al ornato

Los edificios de las escuelas de carreras especiales són, en general, después del de la Escuela de Farmacia, los que peores condiciones de salubridad tienen; pues no habiendo sido contruidos para el objeto á que hoy se les destina, además de sus malas condiciones de emplazamiento, dimensiones, ventilación, etc., carecen de claustros, ó local espacioso donde los alumnos puedan esperar la hora de entrar en las áulas.

Estas, tanto en unos como en otros edificios, son muy defectuosas. Son, en general, bastante espaciosas con relación al número de alumnos que han de contener, pero su aereación es muy mala; no existe más que la ventilación natural, y como las ventanas no se abren en el intermedio de una conferencia á otra, resulta que el grupo de alumnos que primero las ocupa es el que respira aire puro, pues los que luego entran encuentran ya la atmósfera viciada por los que salen.

Los asientos de las aulas son muy incómodos, sobre todo los que no tienen respaldo, pues no teniendo el tronco ningún punto de apoyo lateral, el alumno se mantiene erguido y en actitud digna y respetuosa, merced á la contracción de los músculos del raquis, y como éstos se fatigan al cabo de algún tiempo, ésta actitud, en la hora y cuarto que suelen durar las clases, resulta verdaderamente insoportable. El alumno no sabe cómo ponerse para

estar medianamente cómodo; deja de prestar atención á las explicaciones del Profesor, se impacienta, y sólo desea ver asomar por entre las entreabiertas hojas de la puerta la cabeza del bedel, que al anunciar el término del tiempo reglamentario de la clase, es para él un verdadero angel que lo redime de la tortura á que está sometido.

No habiendo en muchas aulas respaldos en los asientos, no tenemos necesidad de decir que en ninguna hay pupitres para que el estudiante pueda tomar cómoda é higiénicamente notas y apuntes. Cuando éstos le son necesarios, los toma escribiendo sobre las rodillas, y como para esto tiene que inclinar mucho el cuerpo hácia adelante, resulta colocado en una actitud que favorece la producción de corvaduras de la columna vertebral, congestiona el cerebro y dificulta los movimientos respiratorios.

Quizá se nos tache de pesimistas juzgando exagerado todo lo que de las condiciones higiénicas de los edificios destinados á la enseñanza hemos apuntado ligeramente; pero, por desgracia, nada hemos dicho que repugne á la verdad. Hoy los inconvenientes que tienen bajo el punto de vista higiénico los centros de enseñanza son muchos, pero por fortuna este estado de cosas sólo durará lo que tardan en concluirse las obras que actualmente se verifican en la Universidad y los edificios que se construyen con todas las mejores condiciones higiénicas posibles, entre otros, para la Facultad de Ciencias y la Escuela de Caminos. Muchos de los inconvenientes apuntados están, pues, llamados á desaparecer en plazo no remoto.

De los hospitales, que, como hemos dicho, son establecimientos públicos á los cuales el estudiante de Medicina concurre con mucha frecuencia, sólo diremos que las condiciones higiénicas son buenas en los construidos recientemente, pero no en los antiguos, que adolecen de grandes defectos bajo el punto de vista de la ventilación, de la distribución interior, del emplazamiento, etc.

Entre los edificios y establecimientos públicos independientes del Estado que más frecuenta el estudiante, figuran las academias, los teatros, los cafés y los billares.

Las academias son, en general, bastante espaciosas, y aunque alguna no llene de una manera completa las condiciones de una buena ventilación, como su cubicación atmosférica es bastante grande, y además se permanece en ellas poco tiempo, no hay peligro de que el aire llegue á impurificarse hasta el punto de ser perjudicial al que lo respira.

No sucede lo mismo con los teatros. En estos, el aire se vicia muy rápidamente, porque además de ser la ventilación muy defectuosa, la aglomeración de gente es mayor, los mecheros de gas para el alumbrado más numerosos, y más larga la permanencia en ellos. Como la luz producida por

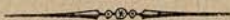
la combustion del gas del alumbrado, además de desecar el aire, lo calienta extraordinariamente, por efecto de su menor densidad este aire asciende, y los espectadores de las localidades altas (que son las localidades que frecuentan los estudiantes), respiran durante el tiempo que dura la función un aire enrarecido, caliente é impuro. Las condiciones en que se encuentran no pueden ser, pues, más antihigiénicas, y la exposición á contraer gran número de enfermedades, mayor.

Otro tanto sucede con los cafés y billares, sobre todo si son muy concurridos. Son, por regla general, mal ventilados, bajos de techo y muy reducidos para el gran número de personas que están destinados á contener. Las causas de impureza de su atmósfera son más numerosas aún que las de los teatros, pues aquí tenemos que añadir, entre otras sustancias, el humo del tabaco. ¡Cuántas de las afecciones de los órganos respiratorios, tan frecuentes en Madrid, son contraídas en estos locales ó á la salida de ellos. Sin embargo, á pesar de los muchos inconvenientes de que adolecen, en las primeras horas de la noche constituyen un lugar de recreo agradable y económico.

Las iglesias son también edificios de malas condiciones de salubridad, inherentes casi todas á su construcción y forma especiales.

De las casas de prostitución, que, como hemos dicho ya, son establecimientos públicos á los cuales el estudiante concurre alguna vez, nada diremos, porque accidentalmente nos hemos ocupado de ellas en otro lugar, y ya hemos dicho que son muy vigiladas por la autoridad, á fin de que no se conviertan en focos de enfermedades, tan terribles y desastrosas como las sifilíticas y venéreas.

Estas son, tratadas á la ligera, las cuestiones de higiene pública que más directamente interesan al estudiante. Vemos, pues, que las condiciones higiénicas que bajo este punto de vista le rodean, no son todo lo satisfactorias que fuera de desear; pero, como hemos apuntado ya, muchos de los inconvenientes, sobre todo tratándose de los edificios destinados á la enseñanza, están llamados á desaparecer muy pronto.



II

CUESTIONES DE HIGIENE PRIVADA QUE MÁS INTERESAN AL ESTUDIANTE.

Són principalmente las que se relacionan con las hospederías ó casas de huéspedes, y de ellas nos ocuparemos en primer término.

Por efecto del elevado precio que en Madrid alcanzan los solares, constrúyense las casas con muchos pisos; divídese cada uno de estos en dos, tres ó cuatro viviendas independientes, y como á cada una corresponde poco local, las habitaciones interiores resultan reducidísimas. Como no puede ménos de suceder, la higiene, con esta manera de construir, resulta muy perjudicada, tanto pública como privadamente: públicamente, porque si no hay la proporcion debida entre la altura de los edificios y la anchura de las calles, estas son sombrías, mal soleadas y mal aereadas, y privadamente, porque además de ser las habitaciones muy reducidas, los habitantes de los cuartos bajos resultan muy perjudicados bajo el punto de vista de la soleacion y ventilacion, y los de los altos por el gran número de escaleras que tienen que subir para llegar á ellos.

Nada tiene, pues, de extraño que, por lo general, las habitaciones de los estudiantes sean de reducidas dimensiones; pero esto, si bien tiene el inconveniente de que siendo pequeño el volúmen de aire que contienen, este se altera muy pronto, tiene en cambio la ventaja de la independencia y del aislamiento. En las casas de contrucción no muy reciente, donde las habitaciones son grandes y espaciosas, suelen vivir en cada una de estas, dos, tres y aún cuatro estudiantes amigos. Ultimamente la autoridad ha tomado cartas en esta cuestión, haciendo que sus delegados recorran las casas de huéspedes y designen el número de camas que cada habitacion debe contener, obligando á que se retiren las excesivas, medida acertadísima que tiende á impedir la aglomeracion y el hacinamiento. En los cuartos llamados interiores las habitaciones suelen ser oscuras y mal ventiladas, pues la luz y el aire los reciben de un patio central, no siempre limpio, y además muy pequeño. Son las que peores condiciones higiénicas reúnen.

La calefacción en el invierno se reduce, en la mayor parte de las casas, á poner las habitaciones en las mejores condiciones posibles de abrigo, para lo cual su pavimento se cubre con estera, y las rendijas ó intersticios de las puertas y ventanas se obstruyen á fin de impedir la comunicación con el aire frío de la calle. Los braseros son muy perjudiciales, y se usan muy poco; además son innecesarios, porque en la juventud las combustiones orgánicas són muy enérgicas, y por lo tanto, la cantidad de calor que producen es suficiente para mantener constante la temperatura del cuerpo, á pesar de las grandes pérdidas que experimenta por la baja temperatura del ambiente.

Respecto de la alimentación, poco tenemos que decir en general. La carestía de los artículos de consumo, el elevado precio de las casas, y lo modesto de la paga de los estudiantes, són motivos suficientes para que su alimentación no sea de ordinario muy variada y nutritiva. Pero bajo este punto de vista, y lo mismo tratándose de la limpieza y aseo, existen grandes diferencias entre las casas de huéspedes reconocidas como tales, y las casas de cuya existencia la autoridad no tiene conocimiento, y que podemos llamar clandestinas ó secretas.

Las primeras són verdaderas habitaciones públicas, donde se alojan gran número de individuos. En ella es donde las causas de insalubridad són más numerosas, y donde los preceptos higiénicos se cumplen con ménos rigor; la limpieza y el aseo dejan mucho que desear, y los alimentos que en ellas se consumen suelen ser de mala calidad, resultando la alimentación deficiente por todos conceptos, porque en estas casas se considera al huésped como objeto de explotación y sólo se procura obtener grandes rendimientos, aunque sea perjudicando el bienestar y la salud de sus moradores. Hay, sin embargo, excepciones, pero son raras.

Entre las clandestinas ó secretas, hay algunas de tan malas condiciones como las precedentes, pero por regla general son las mejores bajo el punto de vista de la higiene y del bienestar, y en ellas es donde viven la mayor parte de los estudiantes. En estas casas el número de huéspedes es más limitado, habiendo muchas donde sólo se admiten dos ó tres; se les trata con más cariño y consideración, la limpieza y el aseo són, por lo general, buenos, y se procura que los alimentos sean de la mejor calidad posible, por cuya razon la alimentación es mejor y más completa: casas hay entre estas, donde al estudiante se le considera casi como de la familia, se le reserva la habitación en la época de las vacaciones, se le atiende con todo esmero y se le cuida con cariñosa solicitud en sus enfermedades.

Con esto damos por terminado nuestro humilde trabajo; pues aunque hay algunas cuestiones de higiene privada, de las cuales nada hemos dicho, como la referente al alumbrado artificial de las habitaciones, son conocidas de todo el mundo y nada especial podríamos decir de ellas. Tampoco hemos hecho consideracion alguna acerca de la vida del estudiante de provincias, bajo el punto de vista de la higiene, porque suponemos que, con ligeras diferencias, será igual á la del estudiante en Madrid.

Réstanos solamente una breve consideración: no somos apasionados de la córte, como pudiera creérsenos al notar que en muchos puntos, sobre todo en lo concerniente á la moralidad, hemos emitido conceptos hasta cierto punto contrarios á la opinion general. No. Estos conceptos no son hijos de la pasion; nacen de la conviccion que nuestra experiencia nos ha hecho adquirir, y del conocimiento que tenemos de las virtudes y vicios de los estudiantes. Si nos hemos equivocado, nuestra equivocación es hija de la torpeza, pero no de la mala fé. La severidad con que hemos juzgado lo concerniente á la higiene es una prueba de nuestra imparcialidad.

ACTA

DE LA SESION CELEBRADA PARA LA ADJUDICACION DEL PREMIO DE MIL
REALES EN EL CONCURSO ESCOLAR ABIERTO EL 16 DE FEBRERO ÚLTIMO
POR «EL DIA,» PERIÓDICO POLÍTICO DE MADRID.

Los que suscriben, Catedráticos de las cinco Facultades de la Universidad Central respectivamente, designados por la empresa del periódico EL DIA para la calificación de las Memorias en dicho concurso presentadas, á pesar de no haber encontrado en los trabajos leídos mérito absoluto suficiente para considerar como cumplidas las exigencias del tema propuesto, creen equitativo que se conceda el premio ofrecido al autor de la Memoria cuyo lema es: EL GRADO DE CULTURA DE UN PUEBLO DÁ LA MEDIDA DE SU GFANDEZA.

En efecto, de las cinco Memorias concurrentes, ésta resulta la más metódica y mejor ceñida á los extremos abarcados en el tema; y aunque deja ver desde no muy elevada altura los desarrollos á que el tema en cuestión podia prestarse, revela bastante discrecion y bien encauzado deseo de corresponder á los requisitos del certámen.

La Memoria que lleva por lema Es la vida un festín de antropofagia, aparece recargada de divagaciones, nebulosidades y hasta reticencias que empañan la sencilla claridad exigible á todo ensayo ó trabajo juvenil, sin que por ello se vislumbre en este escrito esa cautela que hace plena y públicamente recocomen-

dables los estudios acerca de asuntos delicados que se abordan con las pretensiones de una disección anatómica.

No obstante, el autor de esta Memoria descubre imaginación lozana y vigorosos alientos para la lucha científica; así es que el Jurado se ha visto perplejo antes de posponer este trabajo al anterior, y no vacila en estimular al alumno que lo ha remitido para que, mitigando la crudeza y rehuyendo el conceptismo de su estilo, dedique sus aptitudes á los estudios médico-sociales, sin tomar á decepción el segundo puesto que al fin le ha cabido en este concurso.

Otra Memoria, entregada sin lema y con el solo distintivo del tema, muestra en su autor ante todo condiciones de literato, por ciertos destellos con que penetra en las costumbres y denuncia algunas desigualdades sociales molestas para el estudiante pobre. ¡Lástima que un pesimismo apasionado y quizá la falta de tiempo hayan impedido á este jóven escritor desenvolver ampliamente su pensamiento y fundarlo en bases algo más seguras que el sentido de la vida vulgar! De todos modos, ya que no el conjunto, algunos pasajes de esta Memoria pueden ser motivo de sincera felicitación á su autor

La Memoria que sigue en el orden de calificación tiene el lema: *Vivere morose studeas fugias vitiosa*. Parece un ensayo puramente literario, inspirado en un plan bastante bien concebido, siquiera poco nuevo en la forma, pero que no mantiene el interés de la lectura lo suficiente para que, al juzgarlo, puedan olvidarse las exigencias científicas del tema.

La última Memoria, que se distingue con el lema «Dios y la razón,» queda á muy regular distancia de las anteriores, singularmente por la carencia de verdaderas condiciones literarias. El buen deseo del autor debe, sin embargo, ser encarecido.

Después de hecha la calificación relativa de estas Memorias, el Jurado habría tenido sumo gusto en repartir el importe del premio ofrecido entre las dos primeras, haciendo una mención honorífica de las dos siguientes; pero la convocatoria del concurso no lo permite.

Es de esperar que la generosidad de jóvenes y el compañerismo de estudiantes hagan á los cuatro escritores aludidos igualmente partícipes de la satisfacción moral que con este concurso se ha procurado á los escolares matriculados en la Universidad de Madrid durante el mes de Noviembre de 1884

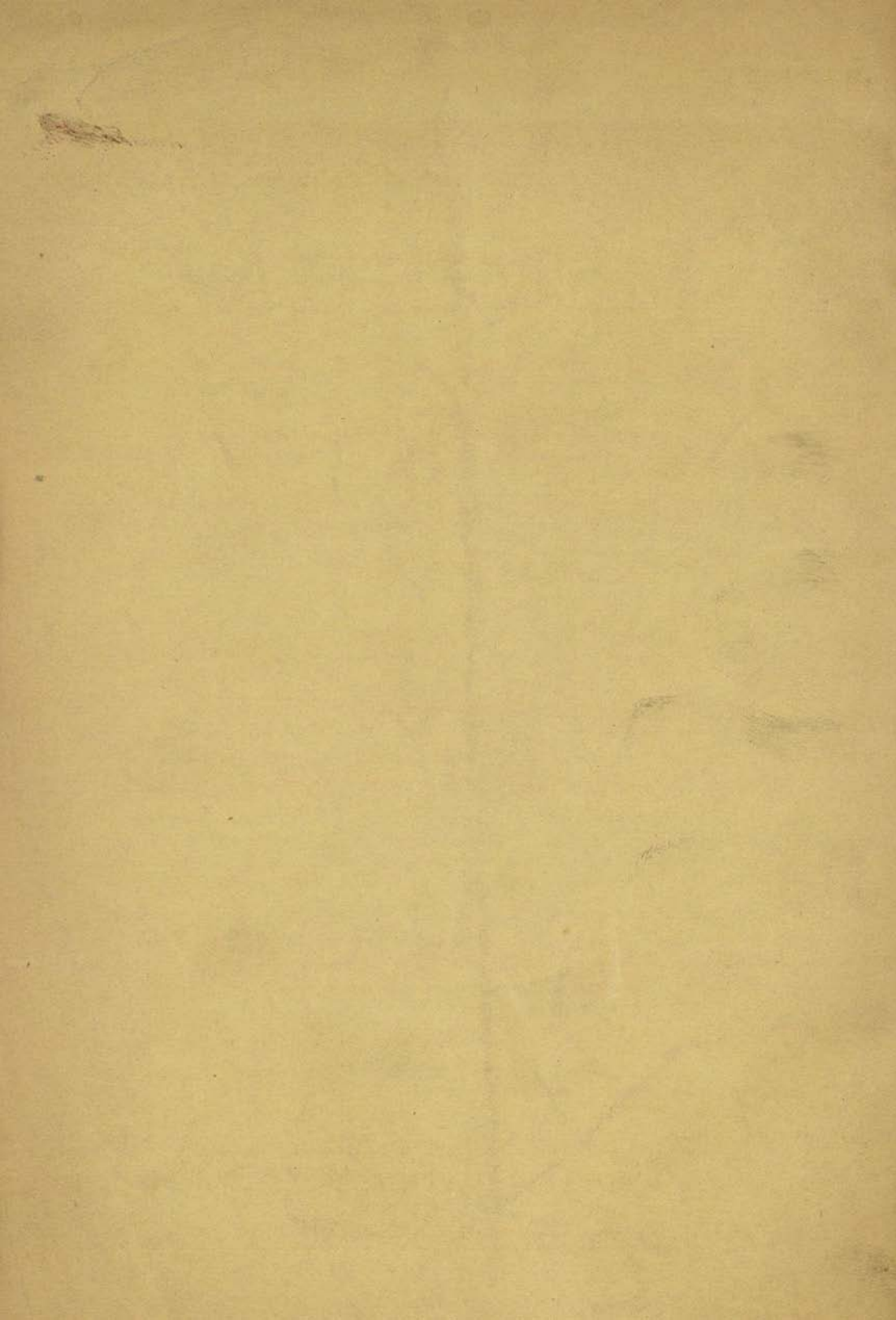
Abierto el sobre perteneciente á la Memoria premiada, resultó ser su autor D. Secundino Gonzalez Regueral, alumno de Medicina, á quien fué entregada la cantidad del premio y un oficio en que se acredita el resultado obtenido en el certámen.

Permitida por los autores de las Memorias números 3 y 4 del orden de calificación la apertura de los pliegos respectivos, fueron conocidos sus nombres, que son D. Romualdo Lorente y Romo de Arce y D. José Martinez y Guerrero, asimismo escolares de Medicina.

Finalmente, se inutilizaron en público los sobres de las Memorias números 2 y 5 del mismo orden, por no haberse presentado sus autores, y se dió por terminado el acto.

Madrid 30 de Mayo de 1886.

AUGUSTO COMAS.—ANTONIO ORIO.—ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.—JOSÉ RODRIGUEZ CARRACIDO.—ALEJANDRO SAN MARTIN.





1018451

